

"Tejado de Vidrio"

■ De David Benavente
■ Teatro Camilo Henríquez
por Fernando Josseau

«Dos hechos fundamentales me parecen necesarios destacar en relación al estreno de la pieza de David Benavente, "Tejado de vidrio":

a) La confirmación de que la dramaturgia chilena sigue jugando un papel importante en nuestro teatro, aunque se la pueda desear.

b) La irrupción de una pléyade de jóvenes y nuevos actores cuyo talento a estas alturas parece incalculable.

En efecto, "Tejado de vidrio" viene a sumarse a dos éxitos artísticos de autores nacionales estrenados con anterioridad: "Mechos consumados", de Juan Rucigán, y "Alamos en la noche", de Egon Wolff. A estas obras, escritas por dramaturgos individuales, debemos agregar algunas creaciones colectivas que han alcanzado niveles artísticos interesantes, al menos en muchos pasajes, como "El Coto de la Jauca", del teatro "La Vecina" y "La mar estaba serena", presentada por NCTUS.

Respecto a "Tejado de vidrio" debemos formularnos una pregunta esencial:

¿Puede una obra ser mala y buena al mismo tiempo?

Aún más: ¿puede ser decididamente buena y decididamente mala?

A raíz del estreno de "Caligula", de Albert Camus, en Estados Unidos, el crítico del "New York Times" expresó enfáticamente: "Una mala obra genial".

El texto de David Benavente parece en grado superlativo cuidadoso y defectos y por ello mismo vamos a encontrar personas que la considerarán brillante, merced, entre otras, a su lenguaje y otros elementos, superficial, grosero, ecologista y de gran pobreza literaria.

La obra está ambientada en el año 1972 con todo lo que ello puede significar: implícita y explícitamente, para cualquier chileno; y la acción se centraliza en los conflictos de un grupo de jóvenes intelectuales sensibilizados por los acontecimientos de la época y por sus propias conciencias. No obstante... no nos encontramos frente a un drama social o político como podría suponerse y los personajes han sido manejados con brillantez pero sin profundidad, poco sin descender a sus verdaderas raíces: se cocinan, se torturan, hablan, corren, pelean, aman, se confiesan, se analizan, polemizan, amanazan, se viviseccionan... sin embargo, todo permanece dentro de un juego teatral caricaturesco y casi siempre trivial, donde no sólo transcurre de irrupción por salidas chistosas pero divertidas, censurables, aniquiladas: cuando reacciones verdaderamente ya no los tenemos en serio. Por lo demás, estas reacciones serían, son siempre demasiado breves y el juego ha quedado en la superficie. Si "Tejado de vidrio" pretende ser una obra cómica, al margen de toda otra aspiración trascendental que no sea la risa, no tendríamos nada que objetar; que la construcción dramática no es lo suficientemente sólida, que los diálogos son sólo brillantes bur-

lujas, que las escenas se suceden aceleradamente en una carrera mecánica, como en un alacado vodevil, que se resuelven problemas de construcción dramática con malabarterías sacadas de la manga, nada de esto tendría mayor importancia; pero las palabras del director de la pieza —Jaime Vadell— insertadas en el programa de mano nos confunden, como seguramente confundirán al público que las lee: "Tejado de vidrio" es una obra delicada —nos dice—. Transcurre en una época que despierta toda clase de diferentes reacciones y es el primer intento de narrarlo desde adentro". Segundo, es el drama de jóvenes intelectuales (?) enfrentados al dilema de encontrarse en un paisaje árido a su existencia", etc.

«Es el primer intento de narrarlo desde adentro», «es el drama de jóvenes intelectuales»: no nos parece que la pieza haya sido narrada desde adentro sino, precisamente, desde afuera, y no nos causa la impresión de un drama (en la acepción que hoy en día se le da a esta palabra), sino de una festiva traza con ribetes de sátira donde se ha buscado, por todos los medios, la risa ubicada en un gran primer plano. Ciertamente, se puede objetar que la risa no es sino sólo un mero de superficialidad, al mucho menos. Esto es evidente. Pero lo que debemos determinar es qué clase de risa es la que se utiliza en "Tejado de vidrio"; y cuál es su jerarquía: tenemos la risa de Aristófanes, la de Buster Keaton, hasta la risa de "Los tres chiflados" y la del señor Porcel (3).

La calidad de la risa en "Tejado de vidrio" es heterogénea, a veces aguda e incluso, irracional y original, otras veces es primaria, elemental, artificial o demasiado fácil sin alcanzar, por ello mismo, un verdadero estilo dentro del humor. La pieza, desde este punto de vista, es más bien infame, a veces adquiere (aparentemente) las dimensiones de una sátira, otras las de una comedia, o de un exabrupto social; el autor ha echado mano a todos los recursos a su alcance para nutrir su texto y asegurarse el éxito: a la sátira, al sainete, al vodevil tanto como a la caricatura, a la ironía, al humor negro e a la paradoja con el objeto de conseguir que la risa siga adelante. Y la risa —a veces el chiste fino y llamativo— puede interponerse al pensamiento de los personajes rompiendo su continuidad interior y sacudiendo bruscamente de situación: esto es grave. Cuando se ha producido un clima psicológico y dramático importante, profundo, poético incluso, se nos taca abruptamente de él, rompiéndolo con violentas sacudidas por medio de una nueva acción donde irrumpe una vez más el humor artificialmente insertado. Hay demasiadas sátiras externas, demasiadas escenas, demasiadas entradas y salidas, demasiadas puertas y ventanas que se abren y cierran permanentemente, demasiados objetos en juego y demasiados garabatos a guisa que parecen sustituir —de una pluma— el verdadero pro-

samiento de los personajes que sobreviven al marcen de toda introspección. Todo se destruye en medio de una especie de estrépito, de furia, de tonos chiflados, donde siempre la acción es interrumpida por otra acción que no profundiza la anterior, que simplemente la reemplaza en un desarrollo altisonante y retórico.

Lo que permanece activo en nuestra conciencia —una vez que nos hemos alejado del espectáculo—, es lo que un dramaturgo deja verdaderamente en nuestras mentes y en nuestros espíritus: lo demás, es teatro muerto.

En el momento mismo de presenciar una pieza teatral, sufrimos y gozamos a través de una serie de elementos dramáticos, efectos cómicos, planteamientos ideológicos, morales, estéticos, técnicos, plásticos, etc. y nuestra mente puede permanecer alerta, activa; en una palabra, entretenida; pero hay un punto que salvar una vez que la acción ha concluido y hemos abandonado la sala. ¿Qué ha quedado de todo ello? ¿Qué se nos ha dicho verdaderamente? ¿Qué ideas nos han impresionado? ¿Qué clase de emoción es la que nos sobrevive en nosotros? ¿De qué manera han sido sacudidas nuestras conciencias? ¿Y las ideas que perdurabilidad tienen en el tiempo?

En "Tejado de vidrio", una vez que hemos abandonado la sala, experimentamos la melancólica separación de que la obra, a su vez, nos ha abandonado a nosotros.

El problema de la precariedad en el lenguaje teatral es un capítulo aparte: debemos detener, en cierta medida, a los dramaturgos argumentando que ellos no han inventado esas groserías y que tampoco nos cabe culpabilidad alguna en el hecho de que demasiadas personas en la vida real hablan hoy en día precisamente, sin medidas ni pudor alguno y que los dramaturgos —en consecuencia— poseen la coartada de que ellos no hacen otra cosa que reflejar la vida misma en el escenario... pero esta coartada tiene una limitación: no podemos dejar de lado la proporción, la medida.

Lo que sucede en "Tejado de vidrio", por ejemplo, es que la proporción es abusiva, en otras palabras, no todas las personas dicen groserías permanentemente, ni en la vida real ni en la vida teatral.

Jaime Vadell escribió un prólogo profundo y circunspecto en el programa: abrumadoramente fue el primero en no seguir sus propios consejos y dirigió la obra en forma eficaz y brillante, fomentando como lo que realmente es: una pieza enteramente dirigida. Los actores —Cristian Campos, Cristian Gas, de Huidobro, Rodolfo Bravo, Mauricio Pessali, Claudia Di Girolamo, y otros— actuaron con brío, con gracia, con precisión y dinamismo, constituyendo un homogéneo grupo de promisorios jóvenes comediantes.

La escenografía de Susana Bonachil es excelente.

El Museo. Selo. 1-XI-1981, p. c. 15.

Tejado de vidrio [artículo] Fernando Josseau.

AUTORÍA

Josseau, Fernando

FECHA DE PUBLICACIÓN

1981

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Tejado de vidrio" [artículo] Fernando Josseau.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa